

apellido Iscariote quiere decir *hombre de bolsa, el hombre del dinero, el homicida y el traidor*. El por qué Nuestro Señor, conocedor del presente y del porvenir, y que tiene en sí el poder de leer lo que hay en el fondo del alma, admitió á hombre tan desgraciado en el número de sus Apóstoles, si bien los Padres de la Iglesia no han encontrado una razón evidente y exclusiva que influyera en semejante elección, dan, sin embargo, muchas, y todas de gran enseñanza, que pudo tener presentes Nuestro Señor. Jesús quiso hacerle una gracia, pero al mismo tiempo no le quitó la libertad de abusar de ella, y de hacerse más culpable despreciándola, y, por lo tanto, encontrándose Judas en condiciones las más á propósito para ser un santo, se hizo criminal por su propia voluntad, y su misma caída debe ser para nosotros una enseñanza que nos obligue, con temor y constante vigilancia, á trabajar incesantemente por nuestra salvación. Por lo demás, no cabe duda que Judas, cuando predicaba en virtud de su elección al Apostolado, no debía ser escuchado ménos que cualquiera otro Apóstol, incluso San Pedro, para que de ahí sepamos nosotros que el ministerio y sacerdocio son independientes del ministro del Señor, y que debemos respetar á los sacerdotes en el ejercicio de la misión canónica que han recibido, aparte de la indignidad que puedan tener en su persona, de la cual ellos responderán delante de Dios. Finalmente, Judas es un gran testigo que con su criminal conducta y su traición cumple las profecías y con su misma muerte atestigua la inocen-

cia de Jesús. La incredulidad pone en duda que Judas se suicidase; pero la verdad es que, si después de su traición hubiese vivido y tenido á su favor algún testimonio que alegar contra Jesús, la historia nos daría conocimiento de ello, y además la Sinagoga no hubiera permitido que quedase en la sombra su derecho, ni tampoco la Iglesia hubiera dado lugar á su desesperación; y, por último, ó los fariseos le hubieran hecho escribir su defensa, ó los Apóstoles llorar y expiar su culpa con la penitencia. Además, enseña San Agustín que, habiendo tomado el Señor la fragilidad humana, no quiso separar de ella la amargura y sentimiento que le causaría el ser vendido por su Apóstol, pues no era solamente durante su pasión cuando se proponía darnos ejemplo de paciencia, sufriendo los más crueles dolores, sino que quiso también edificarnos soportando á Judas traidor, á fin de que todo hombre aprenda á sobrellevar con moderación las aberraciones de su juicio y á sufrir los desprecios de sus mismos beneficios.

SERMÓN DEL MONTE, EL LEPROSO CURADO, EL HIJO DE LA VIUDA  
Y OTROS MILAGROS

Poco después de la institución del Apostolado, y quizá el mismo día, predicó el memorable Sermón sobre la montaña, que, aún cuando le dirigió principalmente á sus discípulos, quiso también que fuese oído de todas las demás gentes; y es tal y



tan grande la importancia de ese sermón, que encierra en sí solo toda la moral del Cristianismo. El Salvador profetiza en él el destino de la Iglesia, y, por medio de rasgos llenos de majestad y soberanía, declara su pensamiento de entrar en posesión del siglo futuro.

Veamos, pues, lo que Él dice á estos hombres de tan poco valimiento, sin nombre, sin fortuna y sin letras, que en número reducido están puestos á su derredor en una pulgada de terreno y sobre una colina oscura é ignorada, que ni era independiente, ni aún neutral, sino tributaria del imperio romano; pues allí fué donde proclamó de una manera solemne y oficial la bienaventuranza de los pobres, de los pacíficos, de los afligidos, de los oprimidos y de los misericordiosos; y después de una declaración tan trascendental, todavía añadió : « *Vosotros seréis dichosos cuando por mi nombre os veáis cargados de oprobios, y los hombres os persigan y os digan toda clase de injurias contra la verdad. Alegraos entonces y manifestad vuestro júbilo, porque es grande la recompensa que os espera en el cielo. Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo.* » Pero ¿qué clase de luz debían ellos esparcir? Las verdades que Él revela, que están fuera de toda comprensión, que exigen absolutamente la fe; y la sal que deben derramar sobre la tierra es la moral que Él impone y que Él hace incomparablemente más severa que todos los deberes que antes eran mirados por la mayor parte de los hombres como un yugo demasiado pesado:

«Habéis oído que se dijo á los antiguos: No mataréis. Y yo os digo que cualquiera que se remonte en cólera contra su hermano merece ser condenado. También se les dijo: No cometeréis adulterio. Y yo os aseguro que el que mire á una mujer con ojos de concupiscencia ha cometido ya ese pecado en su corazón. También está escrito : Cualquiera que repudie á su mujer, como no sea por causa de la fornicación, y tomare otra, comete adulterio; y el que se casare con la que otro repudió, comete también adulterio.»

Por tres veces se repiten por Jesús estas soberanas palabras: *Pero yo, pues, os digo.* Toda la historia del Cristianismo, desde la primera hasta la última página, no es sino la completa realización y glorioso triunfo de las mismas, porque ellas, por su mismo carácter, que más frecuentemente está sombreado de la derrota que de la victoria, constituyen un triunfo que sin cesar rodea del esplendor de la divinidad al hombre que supo y ha querido inspirarlas é imponerlas al mundo, y ha sabido conseguir que el mundo se sujete y sucumba á su eficacia é influencia. Si Jesús se hubiese concluído en el Calvario y no existiese en los tiempos que caen á este lado posterior de la cruz, pudiera sospecharse que no fué más que un insensato, y la razón, asombrada y atónita, se preguntaría cómo y de qué manera este hombre milagroso, modelo de toda sabiduría, de toda justicia y de toda inocencia, ha podido llamarse y creerse un Dios, careciendo del poder de sobrevivir en sus obras.



En el Sermón de la montaña fué donde Jesús enseñó á orar, ó, mejor dicho, creó la oración, pues hasta entonces pocos hombres habían tenido verdadera oración, por lo mismo que no conocían bien ni lo que era Dios, ni lo que era el hombre, ni tampoco lo que el hombre debía pedir á Dios en la oración, y por eso fué preciso que de los augustos labios del Hombre-Dios saliera por primera vez y resonara eternamente en el mundo la hermosa plegaria que había de servir para todo el género humano, y que, á la vez que breve, fuese saludable y eficaz y consagrarse la fraternidad universal de los hombres bajo la paternidad infinita y omnipotente de Dios, como se enseña en estas palabras: PADRE NUESTRO.

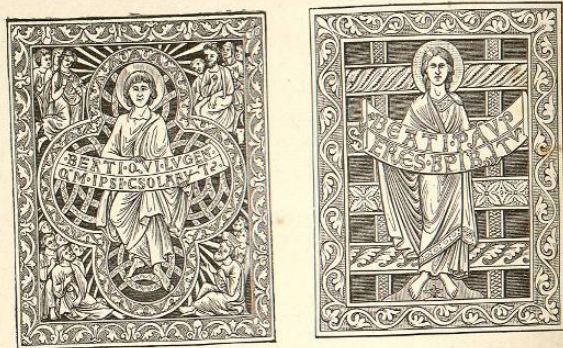
Al bajar Jesús de la montaña se acercó á Él un leproso y le dijo: «*Señor, si Vos queréis, podéis curarme.*» Y Jesucristo, moviéndose á compasión, le alargó la mano, le tocó y le dijo: «*Lo quiero, y ya estás curado.*» Y al momento quedó el enfermo libre de la lepra. Entre los judíos quedaba con la nota de impuro el que tenía contacto con un leproso, y, sin embargo de eso, tocó Jesús al que tenía dicha enfermedad para demostrar que la caridad estaba muy por encima y abolía todas las observancias legales.

En las Santas Escrituras, la lepra es la figura y aún el nombre mismo del pecado; y en cuanto que se trasmite por la sangre, se asemeja al pecado original, así como por lo que tiene de contagiosa guarda semejanza con el actual. La lepra arde

como la envidia, seca como la avaricia, hincha como el orgullo, enerva y debilita como la pereza, y ella, en fin, corrompe, devora, extiende la infección y causa repugnante horror. El hombre entregado á los vicios, semejante al leproso, se halla separado, no solamente de Dios y de los ángeles, sino de los demás hombres, por faltarle la caridad, que es el vínculo de amor y perfección. Los que se ven condenados por la justicia humana á trabajos forzosos suelen llevar, como otras veces los leprosos, un vestido particular que les distingue de sus semejantes; y los presidios en que habitan son como representación de los establecimientos en que la lepra del pecado consume la vida y seca las fuentes de la misma vida. Las leyes humanas rechazan y excomulgan á los seres desgraciados que, víctimas de la lepra del pecado, son unos esqueletos ambulantes en medio de la sociedad; pero son impotentes por sí solas para curar mal tan trascendental, como lo era para curar la lepra la ley antigua. Ésta encerraba á los leprosos y no hacía esfuerzo alguno por curarlos, y aún había algunos á quienes declaraba incurables, y otros á quienes quitaba la vida. Jesús, con su inmensa caridad, viene á curar á los primeros, y muchos de ellos le dicen: «*Señor, si queréis, podéis curarme.*» Y Jesús lo quiere, y quedan curados, como igualmente lo quedarían todos los hombres, si, arrepentidos de sus culpas, acudieran á la clemencia de Jesús, porque á todos quiere curarlos, y por todos vino á padecer y morir en la Cruz.



Aunque Jesús buscaba la soledad para orar, sin embargo, su caridad le impulsaba á dejarla y volverse á las gentes para enseñarlas y colmarlas de beneficios; y habiendo ido un día á Cafarnaum, los ancianos de aquella ciudad le suplicaron que fuera á casa de un centurión que esperaba alcanzar de Él la curación de uno de sus sirvientes, que se hallaba gravemente en-



Láminas 48 y 49.—Las Bienaventuranzas. Alrededor de la primera: «Bienaventurados los que lloran,» hay figuras arrodilladas que expresan la aflicción. La segunda presenta este texto: «Bienaventurados los pobres de espíritu.»—Corona de luz de la catedral de Aix-la-Chapelle, trabajada en cobre, y data del siglo XII.

fermo, á lo que Jesús contestó que iría y le curaría. Se puso efectivamente en movimiento el Unigénito de Dios por ir á curar un enfermo puesto al servicio de un extranjero; pero al saberlo el centurión, le salió al encuentro y le dijo: «Señor, yo no soy digno de que Vos entréis en mi casa, y, por tanto, pronunciad una sola palabra, y mi sirviente quedará salvo de

su enfermedad.» Jesús, al escuchar este lenguaje, dijo que no había encontrado tanta fe en Israel, y anunció la conversión de los gentiles y la reprobación de los judíos: «*Muchos vendrán, decía, del Oriente y del Occidente y se colocarán en el festín con Abraham, Isaac y Jacob, y los hijos del reino serán arrojados á las tinieblas.*» Y luego dijo al centurión: «*Anda, y que se haga conforme tú lo has creído.*» Y á la misma hora, el enfermo quedó curado.

El Evangelio menciona también tres hombres de la milicia á quienes fué concedido el dón de la fe, de los cuales uno es aquel cuyo hijo fué curado por el Señor, el mismo padre y el capitán de la guardia en el Calvario; y además, consta de la tradición que se convirtió el soldado que abrió con la lanza el sagrado costado de Jesús, que se cree sea el mismo que en la Iglesia se le conoce con el nombre de Longinos. Está, además, en el número de los convertidos el centurión Cornelio, que es el primer gentil que Pedro recibiría en el seno de la Iglesia, y los soldados que vinieron á oír la predicación y á recibir el bautismo de Juan Bautista; de suerte que se ve por esas conversiones que la carrera de las armas, que es profesión honrosa, de obediencia y de abnegación, despierta en el corazón humano ciertas disposiciones altamente saludables que le acercan á Dios, y por eso el Cristianismo ha cuidado de penetrar é influir esa digna profesión de los sentimientos de humanidad y justicia que en ella se ignoraban, y la ha elevado á un honor que antes



no tenía y en el cual no puede perseverar sin el Cristianismo.

Seguidamente se fué Jesús á una ciudad llamada Naím; y al acercarse á la entrada, se encontró con una gran desgracia que pesaba sobre el corazón angustiado de una viuda, cuyo único hijo acababa de morir y era llevado en aquel momento á enterrar. Compadecido Jesús de la afligida madre, que estaba allí presente, la dijo: «*No llores.*» Y tocando el ataúd, dijo al difunto: «*Joven, levántate, yo te lo mando.*» El joven se levantó, se sentó y comenzó á hablar; y Jesús se le entregó á su madre.

Esta es la segunda resurrección que se menciona en el Evangelio, y todavía se verá que hay otra tercera; como tienen las tres diferente significación, se explicará después separadamente cada una de ellas.

La noticia y ruido de esos milagros estaban esparcidos por todo Israel, y Juan Bautista oyó hablar de ellos estando en la prisión, en donde Herodes Antipas le había metido, sin impedirle por eso de recibir en alguna ocasión algunos de sus discípulos y sin dejar tampoco él, aunque preso, de anunciar el Mesías. Con lo que él sabía de Jesús no le era posible desconocerle; pero sus discípulos, como sucede con frecuencia, no comprendían ni sus lecciones ni su verdadera grandeza. Antes, al contrario, viendo por la enseñanza de Juan que Jesús se elevaba muy alto sobre su maestro, y que era muy superior á él, principiaron á dejarse dominar de la envidia, que les disponía hasta para la incredulidad. Llevados de un falso celo á favor de

Juan, rehusaban dar crédito á su testimonio; y el Precursor, para remediar ese mal, quiso que ellos viesan las pruebas con sus propios ojos. Con ese fin envió dos de los más obstinados



Lámina 50.—Las Bienaventuranzas: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia.» La fisonomía de los discípulos está indicando la avidez y vivo deseo. Encima un ave de rapina que denota la injusticia de la persecución.—Corona de luz de la catedral de Aix-la-Chapelle, trabajada en cobre, y data del siglo XII.

á Jesús, y éstos le preguntaron de parte de Juan: «*¿Eres tú Aquel que ha de venir, ó debemos esperar todavía á otro?*»

La respuesta de Jesús fué divina y concluyente, porque, en el momento mismo de oír semejante pregunta, curó una infini-



dad de enfermos y pösesos que le rodeaban, y en seguida, dirigiéndose á los discípulos del Bautista, les dijo que fuesen á contar á Juan lo que habían visto, á saber: que los ciegos recobraban la vista, los tullidos el movimiento, los leprosos eran curados, oían los sordos, resucitaban los muertos y el Evangelio era predicado á los pobres, y además añadía que sería dichoso aquel que no se escandalizara ni avergonzara de Él, cuyas palabras hacen alusión á la profecía de Isaías, en la cual se anunció por este Profeta que, en los días del Mesías, el tullido saltaría como el ciervo, el mudo tendría suelta su lengua, que se abrirían los oídos de los sordos y los ojos de los ciegos, con lo cual tenían los discípulos de Juan una doble prueba, cual era el testimonio de los milagros y el cumplimiento de las profecías. Seguidamente hizo Jesús el elogio de Juan, enalteciendo su firmeza, su austeridad y el alto rango que ocupaba entre los Profetas, asegurando de él que era todavía mayor que un profeta y que de él estaba escrito: *«Hé aquí que yo envío delante de vosotros mi ángel para que os prepare el camino, y yo os digo en verdad, añadía Jesús, que entre los nacidos de mujer no hay ninguno más grande que Juan Bautista.»*

Poco después tuvo lugar la muerte del Precursor, que Herodes tenía preso en la cárcel del castillo en donde celebraba el aniversario de sus bodas incestuosas con la mujer de su hermano, llamada Herodiades; y como una hija de ésta le hubiese agradado danzando y bailando delante de él con motivo de un

festín, para recompensarla y complacerla la dió la cabeza del Bautista. Era moda, entre las damas de alto rango, el danzar y bailar á imitación de los dos célebres momos Pilades y Batilio, que tan admirados eran en Roma, y eso da una idea bien triste de la degradación y rebajamiento en que los reyes y poderosos de la tierra se encontraban en la época del advenimiento de Jesucristo al mundo.

Mientras todo eso sucedía, Jesucristo se ocupaba en predicar el reino de Dios por las villas y aldeas, seguido de los doce Apóstoles, que iban en su compañía á fin de formarse, á ejemplo del divino Maestro, en el sagrado ministerio que ellos habrían de cumplir después y que entonces les era todavía desconocido. Iban en pos de Jesús, según estaba permitido por la costumbre, algunas mujeres que habían sido curadas de sus males ó libertadas de la tiranía del espíritu maligno, y entre ellas se encontraban María Magdalena, Juana, mujer de Cusa, que era intendente de Herodes; Susana y otras muchas, las cuales asistían á Nuestro Señor con sus bienes y recursos. También recibía Jesús á los ricos en el número de sus amigos, y de ello hace el Evangelio frecuentemente mención, con lo cual puede refutarse el error de los que quieren imputar á Jesucristo el pensamiento de nivelar é igualar todos los bienes y condiciones de los hombres en el estado social. Ciertamente que estos amigos, aunque ricos, serían pobres de corazón; y así debía suceder, porque no puede servirse al mismo tiempo á Dios y á las rique-



zas; y Jesús, enseñándoles el buen uso de éstas, solamente obligaba á la pobreza efectiva á aquellos que escogía para el ministerio del Evangelio.

Mezclados con la multitud seguían también los fariseos á Jesucristo, esforzándose por corromper la rectitud del pueblo, el cual, al oír á Jesús, no podía ménos de creer en Él, y por sus estupendos milagros reconocer que era el enviado de Dios. Sucedió con frecuencia que, cuando Jesús entraba en una casa para descansar, se aglomeraba tanta multitud de gente en ella, que no le era posible ni áun ocuparse en tomar un poco de pan para su alimento. Se le presentaban enfermos, y al instante quedaban sanos; y el pueblo, al ver esto, le proclamaba con entusiasmo *Hijo de David*. Mas ese mismo entusiasmo popular, en vez de convertir, exasperaba más el odio de los fariseos, los que, no pudiendo negar la verdad de los milagros, comenzaron á decir, para justificar su incredulidad, que Jesucristo los hacía por arte del demonio. El Señor les decía que el demonio no obra jamás contra sí mismo; que, por lo tanto, no se podía arrojar á Satanás en nombre del mismo Satanás, y además añadía que, si Él expulsaba los demonios por medio del espíritu de Dios, entonces el reino divino estaba ya sobre la tierra. Sin embargo de eso, los fariseos no querían convertirse, y condenando Jesús su obstinación, les dijo: *«Yo os aseguro que se perdonará todo pecado y blasfemia á los hombres; pero jamás será perdonada la blasfemia contra el Espíritu Santo, de tal manera que ha-*

*brá indulgencia para el que haya hablado mal contra el Hijo del Hombre, mientras que el pecado de aquel que hable mal contra el Espíritu Santo no le será perdonado ni en este mundo ni en el otro.»* Esto decía Jesús, porque le habían acusado de estar poseído del espíritu inmundo, que es lo mismo que del espíritu de mentira, que es el nombre propio de Satanás. Otros de los que seguían á Jesús le pedían un milagro, á lo cual se negó, como se había negado y resistido á Satanás cuando se atrevió á tentarle en el desierto; pero al mismo tiempo les anunció un prodigio que ellos no pedían, y que era más estupendo y sorprendente, cual era el de su resurrección: *«Esta raza es perversa, dijo, pues ella me pide un milagro, y no la será dado otro que el del profeta Jonás; y de la misma manera que Jonás estuvo tres días con tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en las entrañas de la tierra.»*

Apénas había acabado de pronunciar estas palabras, se levantó de en medio de la multitud una mujer exclamando: *«Dichosos los brazos que te han llevado y los pechos que te han lactado.»* Á lo cual respondió Jesús: *«Más dichosos son los que escuchan la palabra de Dios y la cumplen.»* Y con esta sentencia, llena de sabiduría, los fariseos quedaron confundidos.

Sin embargo, estos hombres llenos de perfidia habían logrado sembrar con astucia los gérmenes de brutal desconfianza que estallaron en gritos de muerte delante de Pilatos el día de



la crucifixión, y algunos parientes de Nuestro Señor abrigaban grandes temores acerca del efecto desastroso que podía producir esta levadura y veneno farisaicos.

Según refiere San Mateo, un día que Jesús estaba predicando, su Madre y sus primos le hicieron llamar, y, según San Marcos, habían venido al lugar donde predicaba expresamente para detenerle, porque su fe, todavía algo débil, se dejaba influir de algún temor, y éste se había despertado á consecuencia de las malas disposiciones y mala voluntad que veían en los enemigos del Señor (1). De cualquiera manera que sea, Nuestro Señor, que conocía el peligro mejor que sus parientes, respondió conforme á su carácter : «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» Y girando la vista sobre los que estaban sentados alrededor de Él, añadió : «Hé aquí mi madre y mis hermanos, porque cualquiera que haga la voluntad de mi Padre celestial, aquel es mi hermano, mi hermana y mi madre.» Un ángel dijo á los pastores de Belén, en quienes el género humano estaba representado, que les había nacido un niño, y Jesús ratifica una vez más esa noticia al manifestar que se pertenece á los hombres más que á sus parientes y á su Madre, y

(1) No se sabe quiénes fueran estos parientes, pues de cuatro primos de Nuestro Señor, que el Evangelio llama sus hermanos, tres estaban en aquel momento próximos á Él con los Apóstoles, y cualesquiera que fueran los otros parientes, se explican de algún modo estos temores, porque la vida de Jesucristo en Nazaret no les había revelado su omnipotencia y sí sólo su perfecta virtud, que es la cualidad que ménos llama la atención de los hombres. La Santísima Virgen guardaba en su corazón lo que Ella sabía, y, por lo mismo que Ella sabía bien lo que hab'a de suceder, no se puede suponer que Ella concibiera el pensamiento de interrumpir la misión divina de su Hijo, y así, se cree que Ella vino únicamente para verle, sin conocer el designio de los parientes.

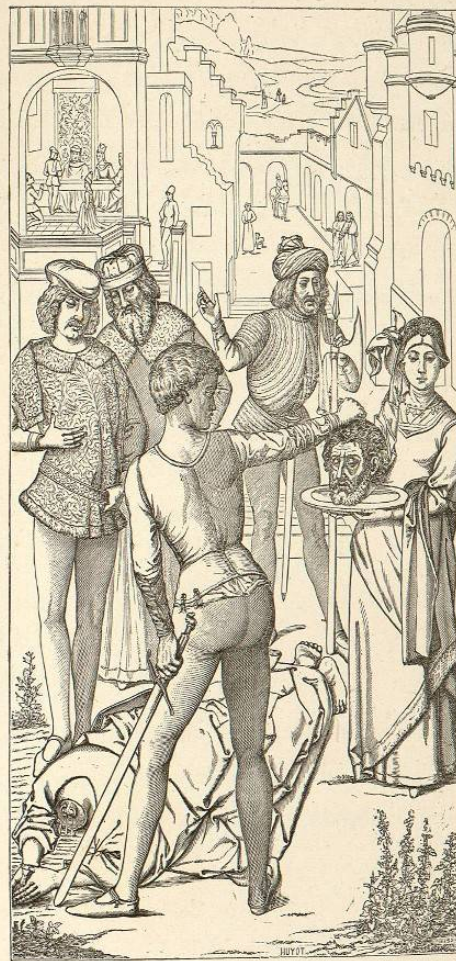


Lámina 51.—Degollación de San Juan Bautista. La joven Salomé, hija de Herodiades, recibe la cabeza del mártir; más arriba, á la izquierda, están sentados á la mesa Herodes y Herodiades; Salomé ejecuta la danza cuya recompensa es la decapitación del Santo.—Pintura de Memling en madera, que se conserva en el hospital de San Juan de Brujas y data del siglo XV.



esa armonía y admirable concordia que se encuentra en los santos Evangelios es y será siempre la hermosa luz de la inteligencia y el dulce encanto del corazón.

Seguidamente salió Jesús para enseñar á la multitud, proponiéndola al efecto diferentes parábolas, según el estilo de predicación que Él había adoptado, á fin de poner las verdades y misterios más altos al alcance de los espíritus más sencillos. El Profeta había ya dicho en su nombre: *«Yo hablaré en parábolas y haré brillar y resplandecer las cosas que han estado ocultas desde la creación del mundo.»* Y Jesús cumplió estos anuncios por medio de profecías de un nuevo orden, más claras y no ménos profundas, cuya realización, renovada todos los días, será en su Iglesia un perenne foco de luz y de fe.

EL SEMBRADOR, LA CIZAÑA, EL GRANO DE MOSTAZA  
Y LA RED ARROJADA AL MAR

Las parábolas explicadas aquel día eran todas concernientes á la salvación y anunciaban el establecimiento de la Iglesia: «Un sembrador ha sembrado, y una parte de la semilla cayó cerca del camino, y los pájaros vinieron y se la comieron; otra parte cayó sobre un terreno pedregoso; ésta nació al momento, pero seguidamente se secó en hierba á la acción del aire y del sol; otra parte cayó entre espinas, y habiendo crecido éstas juntamente con la semilla, ésta fué sofocada sin dar producto algu-

no; y la otra parte, en fin, cayó en buena tierra, y sus granos se multiplicaron, unos en proporción del treinta, otros del sesenta y otros del ciento por uno.»

La semilla significa la palabra de Dios, y la explicación autorizada, dada por el mismo Jesucristo, descubre las diversas disposiciones en que la palabra divina encuentra el corazón de los hombres; y según ella, aquellos que escuchan el Evangelio desde las orillas del camino, sin querer alejarse de las sendas del mundo, no sacan fruto alguno de la palabra evangélica, porque sobre este duro camino pasan todos los errores y tienen su morada todos los vicios; y los pensamientos vanos y las pasiones brutales son las aves voraces que comen la buena semilla al momento que cae. Los lugares pedregosos son los corazones en quienes domina más el temor que el amor, y estando llenos de los intereses de la carne y de la vida, carecen de sustancia vegetal para que la semilla pueda arraigarse; en ellos se ha recibido la palabra divina, en ellos nace y en ellos aparecen algunas ligeras obras de penitencia; pero viene después la tristeza, una tentación ó una persecución, y el débil retoño, como no tiene profunda raíz, al momento sucumbe y perece. Las espinas que crecen son la invasión de las cosas humanas, y en los corazones que por este terreno están representados, no falta fondo ni sustancia productiva; pero la ambición de las riquezas y el engaño de las cosas mundanas sofocan el plan divino que se proponía en ellos la divina palabra, y ésta resulta estéril é infructuosa en